

Libros

Revisión del Cid Arturo Pérez-Reverte ha abordado, desde la narrativa, distintos momentos de la historia española para reinterpretarla. Ahora lo hace con un mito del imaginario popular y la poesía épica en castellano

Un campeador pluricultural



CARLES BARBA

Una de las habilidades de Arturo Pérez-Reverte como escritor —y que le reconocen incluso sus detractores— es la de entrar en materia en un santiamén. Como resulta que muchas de sus ficciones se despliegan en marcos históricos (la España imperial, la guerra de la Independencia, la Guerra Civil...), este don de sumergir enseguida al lector en edades remotas es doblemente meritorio. En su nueva novela se remonta al reculado siglo XI y a un suelo ibérico que se disputaban palmo a palmo reyes cristianos y musulmanes. Había en todo caso unas tierras de frontera que no eran momentáneamente de nadie, y ahí es donde el autor sitúa el relato, conjurando mágicamente unos tiempos en que se vivía en el filo de una espada y se dormía con un ojo abierto. Talmente con el suspense y los claroscuros de un western, de inmediato nos vemos confrontados con una cuarentena de hombres a caballo surcando un paisaje áspero y picando espuelas como si en cualquier instante pudieran sufrir un ataque. Son el Cid y su tropa (entre ellos, parientes de su natal Vivar) en busca de una partida mora que viene saqueando aldeas castellanas. Para entonces Ruy Díaz ya se ha ganado una notoriedad entre los suyos y también entre los moros (que lo llaman *sidi*, señor), pero sus disidencias con el rey Alfonso VI lo han colocado en una situación de desterrado, y para mantenerse, él y su mesnada no tienen más remedio que ponerse a sueldo de quien los necesiten, en este primer episodio, unos burgueses de la población de Agorbe.

La novela de cualquier modo cogerá vuelo cuando Ruy Díaz de Vivar, falto de reyes cristianos que le empleen, acepte poner su espada al servicio de Mutamán, rey de la taifa de Zaragoza. Este ambicioso monarca quiere escarmentar a su hermano Munir, rey de la taifa de Lérida, a quien por ende apoyan los na-

varro-aragoneses y el conde de Barcelona. El Cid y su hueste negociaban así un precio, y antes de entrar en combate, se familiarizan con aquel microcosmos islámico, al punto que Ruy Díaz llega un día a arrodillarse implorando a Alá la victoria, y en otra ocasión tiene un es-

Sitúa su relato en unas tierras de frontera que no eran de nadie, con los claroscuros de un western

Los miembros de su mesnada, y no Jimena y sus hijas, constituyen la verdadera familia del personaje

carceo con Raxide, la resolutiva hermana de Mutamán.

Le ha salido pues a Pérez-Reverte un Cid muy pluricultural y nada facha, y que, entre la morisca con la que ha de tratar, sabe deslindar a los que traían consigo una refinadísima civilización andalusí de los que (mayormente morabíes del norte de África) vinieron a hacer la "yihad". Igualmente empático es —si no más— con los miembros de su mesnada, desde su lugarteniente Minaya a su sargento mayoral, el bruto Diego Ordóñez, o su "corneta" Félix Gormaz. Ellos —y no Jimena y sus hijas— son su verdadera familia, y es uno de los aciertos del libro que este Ruy Díaz tan indómito e individualista (y en último término, solo leal a sí mismo) sienta sin embargo tal compañerismo con su tropa, y posea el arte de hacerse obedecer y a la vez hacerse querer. Una de las escenas más punzantes visualiza pre-



El escritor y académico Arturo Pérez-Reverte fotografiado en la ciudad de Madrid, con motivo de la presentación de su nueva novela 'Sidi'

Charlton Heston en la película 'El Cid', producida el 1961 por Samuel Bronston, dirigida por Anthony Mann

ARCHEVO

LUCA PIERIOVANNI/ EFE



cisamente esa íntima conexión del Cid con sus hombres: uno de ellos ha transgredido la convivencia con los aliados musulmanes, y su jefe ha de sacrificarlo inexorablemente. El coloquio que tiene antes con él es un puro canto al saber morir.

En fin, no vendrá mal que durante la lectura tengan ustedes a mano el diccionario de la RAE o el María Moliner. El equipo bélico que lleva la huete de Ruy Díaz o los movimientos que emprende cuando en el fragor de la batalla acomete o se retira, ponen en juego palabras que seguramente urdirán un desciframiento. En contrapartida, los abundantes diálogos que llenan la narración chispean con la naturalidad de la lengua popular, y se leen de corrido. |

Arturo Pérez-Reverte
Sidi

ALFAGUARA. 376 PÁGINAS, 20,90 EUROS

El Cid antes de la leyenda

JOSÉ ENRIQUE RUIZ-DOMÈNEC

Conforme al arte de la novela realista, *Sidi* descansa en la tríada básica, acontecimiento, personaje y trama. Se construye como el relato de la vida de un señor de la guerra castellano donde se mezcla con pericia el lenguaje llamado ordinario con una terminología técnica tanto para describir episodios cotidianos como para explicar lo sucedido en un apartado rincón de las tierras de frontera en el norte de la península Ibérica en la década, se supone, de 1080. Es, en todo caso, un canto al destierro de un hombre corriente antes de caer en la leyenda.

El mundo de Ruy Díaz se había

quebrado a causa de los recelos del rey Alfonso VI; tenía que rehacer su vida, sin nostalgia. El futuro le trae un nuevo orden que sustituye al de los viejos tiempos cuando era alférez o simplemente un infanzón con un buen matrimonio como soporte para su ascenso social. Por orgullo duplica su castigo, "si me destierros un año, me tomo dos", exclama con ese tono que creará la poética de sus acciones. Volver a la patria exige mantener los puentes abiertos, le paga al rey parte de sus ganancias en los saqueos, impone que en sus contratos de mercenario jamás deba enfrentarse a quien define como su señor natural. O, en otros térmi-

nos, sus andanzas serán una premonición de la cultura de los caballeros andantes que más tarde elogiarán la literatura.

Sidi nos enseña una cosa: lo que mueve el mundo no es el amor, ni la bondad, sino el arte de la guerra. A veces se apacigua en los ratos de ocio, pero siempre regresan las aventuras para mostrar las garras de una violencia seca, descrita en la novela con la plasticidad de los grandes relatos (de aquí sale un excelente guión para una película). La marcha hacia Almenar es la reparación de una herida cuyas razones se desconocen (no puede ser solo la ira del rey); por eso será la última prueba para definir quién

es Ruy Díaz, cuyas virtudes humanas someten las pulsiones destructivas de sus hombres. Los acontecimientos disponen la trama de la historia con relevantes detalles que elevan al protagonista al rango de héroe épico. En la batalla campal contra el rey de la taifa de Lleida, al que apoya el conde de Barcelona, no otro que el trágico Berenguer Ramon II, el que ordenaría asesinar a su hermano gemelo Ramon Berenguer II tras su derrota (no antes), se alcanza el máximo grado de tensión narrativa porque está en juego lo único irrenunciable del protagonista: no olvidar su objetivo en la vida. Cuando el conde de Barcelona le dice "dentro de unos años nadie recordará tu triste nombre", él responde probablemente. Y para que el lector comprenda el guiño homérico de esta respuesta digna de Ulises, se repite probablemente. Un bellissimo cierre para una gran novela. |

J.E. Ruiz-Domènec dialogará con Arturo Pérez-Reverte sobre 'Sidi' el próximo 30 de octubre en el Cercle del Liceu de Barcelona (se requiere confirmación para la asistencia)